



El poeta Gonzalo Dobles quiso probar, y con éxito lo realizó, sus capacidades en los dominios de la novela, sencilla representación de la vida familiar, como la han definido algunos.

En mil novecientos veintisiete presentó, ante el Tribunal de los Juegos Florales, un ensayo que obtuvo uno de los pocos premios conferidos en aquel certamen literario. Se titula La voz de la campana. Hay en ella todo lo necesario para fundar esperanzas en el novelista que, de manera tan brillante, ha sabido llegar ante la crítica nacional.

Un gracioso pueblo perdido en los regazos protectores de la montaña. Sencillez y humildad en el caserío. En la cordillera, serenidad y altivez.

Un convento abandonado que despierta las mismas inquietudes íntimas, que asaltan nuestra conciencia vemos frente a una cuna vacía, a una tumba abierta, a un hogar sin lumbre, a una página en blanco.

El Convento de la Divina Pastora está dominado por una diminuta torrecilla. En ella duerme su silencio sonoro, la campana que, en otra época, con sus traviesos cantares, despertó, en las almas de los dominicos, las ternuras indecibles de las avemarías, las súplicas humildes de los padrenuestros. Junto con esas oraciones inefables, la tranquilidad de espíritu y la desaparición de todo anhelo que no sea el de estar bien con Dios y con sus criaturas.

Ha de volver a cantar su queja, su dolor, cuando menos era de esperar.

Odios sin motivo se paran desde hace ya largo tiempo, a dos familias de aquellos lugares, la de los Abarcas y la de los López. Como queriendo poner término a ese profundo rencor, como deseando unir a las dos familias rivales, la pasión de dos jóvenes inexpertos: Matilde López y Daniel Abarca.

Capuletos y Montescos en pleno corazón de la montaña del trópico. El destino impone su mueca trágica con el íntimo deseo de que nunca desaparezca aquel odio que brotó al conjuro de una de las tantas injusticias ajenas.

Al amparo de las frías naves de la abandonada capilla del Convento, conversan los dos enamorados. Se dicen sus recíprocas aspiraciones. Se cambian las más sugestivas promesas. Evocan las bellas ilusiones que han de ser realidad en no lejana época: así esperan y lo desean ellos.

Pero alguien, el criado de don Antonio López, la sombra protectora de Matilde, creyéndola en peligro al verle en conversación tan íntima con el joven enemigo de la familia, hace blanco certero en el pecho del más noble y el mejor de los Abarcas.

Un huérfano protegido por Daniel, único testigo de la tragedia para obtener inmediatamente los auxilios necesarios, hace vibrar de nuevo la campana en cuyas voces de cadencia melancólica se escucha ahora el dolor de la montaña herida en lo íntimo.

Tal es el argumento de la pequeña novela de Gonzalo Dobles. Es una valiosa promesa que, desgraciadamente, no ha logrado todavía verse cumplida. Tanto el poeta magnífico como el novelista admirable guardan un silencio doloroso, desde hace ya muchos años.